EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACION HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA PROPIETARIA, CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER

TOMO VIII. MEXICO, 3 de Abril de 1887. NUM. 14.

El Salvador del Mundo triunfando del demonio

LA SAMARITANA.

El Salvador de los hombres vino al mundo para enseñarnos la ley del amor.

Hijo de Dios, y poseyendo el secreto de la eterna sabiduría, todos sus actos en la tierra tienen un sello especial de sencillez y grandeza, reveladores del origen divino de donde emana.

¿Quién comprendió más pronto la sublimidad de la doctrina de Jesús? La mujer.

¿Para quiénes fueron las palabras más cariñosas del Redentor? Para las mujeres.

. . . . . .

Cuando la tierra se estremecía de gozo al sentirse hollada por el Divino Maestro, cuando escuchaban atónitas su palabra augusta las muchedumbres ignorantes, sin acertar á comprenderla, en Samaria, una mujer se penetró la primera de la magnanimidad de sus conceptos.

No lejos de la ciudad de Sichar sentóse Jesús fatigado junto al antiguo pozo que Jacob diera un dia á su hijo José, mientras esperaba el regreso de sus discípulos que habían ido á la inmediata población.

Una hermosa mujer de Samaria llegóse al pozo para sacar agua, y el Redentor, elevando hacia ella sus divinos ojos, dijo con dulce acento:

—Mujer, dame agua.

—¿Cómo tú, siendo judío, pides agua á una Samaritana, olvidando antiguos odios?

—Porque cualquiera que beba de esta agua, volverá á tener sed, respondió Jesús, mientras que el que bebiere del agua que yo le daré, no adolecerá jamás de ella.

Y como una música celestial, de los labios del Redentor salieron los puros preceptos de la moral cristiana, que la Samaritana oía por vez primera llena de estupor.

Jesús, para quien el corazón humano no tiene secretos, habló á la mujer desconocida de su pasado con tanta certeza, que la Samaritana preguntó asombrada:

—Señor, tú que todo lo aciertas, ¿eres acaso el Mesías prometido?

—Yo soy, contestó sencillamente el Divino Maestro.

Entonces sintióse de repente la Samaritana invadida por el convencimiento más profundo; comprendió que aquel hombre extraordinario tenía algo de divino, y corriendo á la ciudad, reunió numeroso pueblo, y volvieron juntos al encuentro de Jesús, que les esperaba junto al pozo de Jacob, con sublime confianza.

La muchedumbre oyó arrobada al Señor, quien permaneció dos dias con ellos instruyéndoles en la nueva fe.

Al abandonar á Sichar Jesús y sus discípulos, los samaritanos, maravillados de cuanto habían oido, decían á la mujer:

—Tenías razón; cierto, éste es el Salvador del mundo, el Cristo.

¡Siempre, en todos los tiempos, la mujer, como la Samaritana, se halla pronta á admitir toda idea grande y noble!

Además, no es posible olvidar que las mujeres siguieron valerosamente á Jesús hasta el Calvario, cuando sus mismos discípulos le abandonaron.

. . . . . .

Pasaron los tiempos, y en cumplimiento de las antiguas profecías, llegó el momento tristísimo del sacrificio del Salvador.

Dos mujeres lloran al pie del sagrado madero: *María*, la madre sin ventura, y *Magdalena*, la pobre pecadora redimida por el amor.

Pero el sacrificio se ha cumplido; el Evangelio está llamado á regenerar el mundo, y nuevas auroras brillan para el humano espíritu.

Después de Jesús, innumerables ejércitos de mártires sellarán con su sangre la nueva fe; caerán de sus pedestales los antiguos y falsos dioses. Roma, la ciudad corrompida, la meretriz impura, sucumbirá también á los golpes del destino, herida por los bárbaros, inconscientes ejecutores de la cólera celeste, y sobre las ruinas de la antigua ciudad pagana, se elevará el templo del Dios verdadero; los enemistados pueblos se estrecharán en fraternal abrazo, y todas las razas comulgarán en un mismo altar.

Madrid. JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

JERUSALEM.

(FRAGMENTOS DE SU HISTORIA.)

Jerusalen fué fundada por el Rey y gran sacerdote Melquisedec, en el año 2023 de la creación del mundo, que equivale al 1981, antes del nacimiento de Jesucristo. Entonces Jerusalem no ocupaba más terreno que los montes *Morzah* y *Akra*, y su fundador le dió el nombre de SALEM, que quiere decir *paz*. Cincuenta años después, ó sea en 1931, antes de Jesucristo, cayó en poder de los *jebuseos*, descendientes de *Jebus*, hijo de *Canaham*, quienes construyeron sobre el monte *Sión* una fortaleza, á la que llamaron Jebus en memoria de su padre; y uniendo luego los nombres de Jebus y Salem, tomó la ciudad el de JERUSALEM, *visión de paz*, que adulterado después se convirtió en JERUSALEM.

En el año 1607, antes de Jesucristo, entró el pueblo de Israel en la *tierra de promisión* y arrojó á los jebuseos de la ciudad de Jerusalem, si bien éstos conservaron la *ciudadela de Sión*. En el año 1047, antes de Jesucristo, se apoderó David de Jerusalem, estableció su morada en la fortaleza de Sión, y el monte Sión tomó entonces el nombre de *Ciudad de David*. En Jerusalem llegaron á su apogeo la agricultura, la industria, el comercio, las artes y el lujo en tiempo de Salomón; pero muerto este Rey decayeron rápidamente, y cuando quedó reducida á dos tribus por haber arrastrado en pos de sí las restantes, Jeroboan separado de Roboan, gimió la ciudad durante tres siglos, víctima de las invasiones de los egipcios, de los filisteos y de otros muchos pueblos. En el año 606 la tomó Nabucodonosor, quitó del trono á Joachín y puso en él á Sedecías, de la dinastía de David; mas las revueltas habidas entre estos reyes llamaron la atención del mismo Nabucodonosor, quien en 599 envió de nuevo su ejército contra dicha ciudad, destruyó el templo y se llevó al pueblo judío cautivo á Babilonia. *El templo de Salomón* fué destruido 470 años, seis meses y diez dias después de su fundación.

. . . . . .

Penetremos ya en la Basílica del Santísimo Sepulcro, en esa gigantesca mole de piedra labrada, en ese templo sombrío, el primero del mundo en extensión material, y en importancia histórica y religiosa. Si la puerta está abierta, lo que por obligación sucede los sábados, se entra en él de balde y con libertad, pero si la puerta está cerrada se pasa aviso al portero turco, quien en el acto de abrir recibe el *batchix*. Esto sucede porque el sultán es el señor del templo y quiere ejercer en él siempre su jurisdicción. El batchix que se les daba, según antiguos viajeros, tenía que ser de 200 reales; hoy no pasa de 2 francos ó dos pesetas, y es muy general encontrarlo abierto todos los dias.

Como dentro de este inmenso templo hay conventos latinos, griegos, armenios y coptos, los frailes que los ocupan, que son verdaderos custodios del Santísimo Sepulcro, no pueden salir del templo sino cuando los musulmanes abren la puerta; así es que de sus respectivos ritos les llevan todos los dias la comida, que, colocada en cestas, les entregan por un pequeño ventanillo que se abre en la parte inferior de la puerta. Los pobres frailes que habitan en las celdas de la gran Basílica del Santísimo Sepulcro disfrutan muy corta vida, porque sus moradas carecen de toda condición de salubridad; aquellos religiosos son verdaderos mártires de la religión de Cristo. El templo es de dimensiones colosales, de forma irregular, de muros gruesos, elevados y desprovistos de toda ornamentación arquitectónica; su estilo es románico, con reminiscencias del bizantino y aun del árabe, y se respira bajo sus altas naves una unción tal, un sentimiento tan hondo de religión, que el espíritu se anonada allí, porque el sentimiento se hace allí más grande que el mismo espíritu que le experimenta. Dentro de este templo se encuentran los tres principales lugares de la Pasión de Cristo, que son: *el Santísimo Sepulcro, el Calvario* y *la cisterna donde apareció la Santa Cruz*. Estos tres privilegiados lugares forman las tres principales capillas del templo; pero además se ofrecen asimismo dentro de su recinto, á la contemplación del peregrino, otros varios sitios, llamados hoy igualmente *Capillas*, y que un dia fueron también testigos de los últimos cuadros de la epopeya divina, tales son: el lugar donde la Virgen y San Juan estuvieron al pie de la Cruz; el lugar donde estaba la Virgen cuando le entregaron á su Hijo bajado de la Cruz; el lugar donde estuvieron las Santas mujeres; la piedra de la unción; el lugar donde Jesús se apareció á la Magdalena; la columna de los azotes; el lugar donde Longinos se convirtió; el lugar donde los soldados echaron suertes sobre los vestidos de Cristo; la columna de los oprobios, ó sea en la que le sentaron para coronarle de espinas; el lugar donde permaneció durante muchos siglos, y tal vez per-

manezca aún, la calavera de Adan; los sepulcros de José de Arimatea y su familia; el sepulcro de Melquisedec; los sepulcros de los reyes latinos; los sepulcros de Godofredo, de Bullón, de Balduino y Fulques.

. . . . . .

Todas las noches del año, á las diez y media, comienzan los franciscanos los maitines en su coro; al principiar *laudes* van procesionalmente á incensar al sepulcro de Cristo, cantando el *Benedictus;* cuando concluyen los maitines, que son las once y media, empiezan griegos á celebrar Misa cantada en el mismo Santo Sepulcro; la Misa de los griegos, en la que éstos dan fuertes gritos guturales, dura tres horas; cuando la concluyen, que son próximamente las dos y media de la mañana, comienzan los armenios la suya, cantada en el Santísimo Sepulcro, que no es más corta que la de los griegos, y en la que todos, menos el celebrante, están sentados en el suelo. Cuando los armenios terminan, que son las cinco, dan principio los padres franciscanos á dos Misas rezadas y una cantada, las tres consecutivas. Por manera que todas las noches del año, mientras el mundo gira en Occidente perdiéndolas en locos devaneos, allí. . . . . en aquel rincón de Oriente, en la gruta donde se alza el Santísimo Sepulcro de Cristo, dan las luces su claridad; dan las flores sus perfumes; dan los inciensos su aroma, y los cánticos de venerables sacerdotes de todos los países del mundo se elevan fervorosos á la mansión de Dios.

IBO ALFARO.

LA AURORA EN LA MEDIA NOCHE.

LEYENDA

Por la Srita. Rosario Flores Alatorre.

(Conclusión.)

V.

LA PRIMERA SÚPLICA.

Pocos dias antes de estos sucesos se publicó un edicto del César en el cual mandaba que todos los hebreos de la Baja Galilea fueran á empadronarse por tribus, á la ciudad de donde eran originarios.

El honrado José, esposo de María, era descendiente de la extirpe real de David, y debía dar su nombre en Belem.

María, siempre sumisa, se dispuso á seguirle, adorando en silencio las disposiciones del Altísimo, que había hecho al monarca más poderoso instrumento de sus designios, para que se cumplieran las profecías que anunciaban que el Mesías que ella llevaba en su casto seno nacería en Belem de Judá.

Sentada en una blanca pollina, con las escasas provisiones que pudieron reunir, emprendieron los castos Esposos su penoso viaje; mas al llegar á la ciudad era tan grande el concurso de forasteros que á ella habían acudido, que les fué imposible encontrar hospedaje en ninguna parte; todas las puertas se cerraban ante su pobreza, y después de sufrir innumerables desprecios, tuvieron que retirarse al campo.

De ese modo negaba el mundo, al Dios que lo había creado y por un prodigio venía á redimirlo, un lugar para su nacimiento. La Providencia proporcionó á los humildes peregrinos una gruta solitaria, que á la media noche debía convertirse en un Edén.

Allí nació, tan milagrosamente como fué concebido, el Dios Salvador; esa gruta fué el digno palacio del que venía á curar con su obediencia y humildad, las llagas que al hombre causaban su desobediencia y su orgullo; del que venía á sembrar esas sublimes virtudes, gloria del Cristianismo. Si nadie hasta hoy ha podido describir debidamente los encantos de la ternura maternal, ¿quién podrá expresar los de la Virgen Madre al contemplar por primera vez á ese Dios-Niño, que era también su Hijo único? Colocándole primeramente en el humilde pesebre, le tributó las fervientes adoraciones debidas á Su Majestad y grandeza; tomándolo en seguida en sus brazos y estrechándolo contra su corazón, le prodigó todas las caricias maternales, extasiándose en Él, sin cansarse de contemplarlo; puesta, por último, de rodillas y levantándolo en sus brazos, ofreció por primera vez al Padre Eterno una ofrenda digna de Él.

Todos los espíritus angélicos bajaron á rendir sus homenajes al Dios humanado, entonando cánticos de alabanza, mientras el Padre Eterno contemplaba, también por primera vez en el mundo, un Sér digno de todo su amor, objeto de sus complacencias, y en su Nombre y por sus méritos le colmaba de bendiciones.

José también adoraba prosternado al Divino Niño, ofreciendo al cielo consagrar su vida á velar sobre ese sagrado depósito. Pocos momentos después llegaron los pastores, y postrados á la entrada de la gruta, besaban humildemente aquel lugar santificado: en seguida se acercaron á rendir sus adoraciones al Dios-Niño, depositando sus improvisados y humildes presentes á los pies de María, que los aceptaba con una dulzura encantadora.

Rebeca, al contemplar la felicidad que rebosaba el semblante de la Virgen Madre, recordó la que aun disfrutaba ella algunas horas antes; su ternura maternal se avivó, digámoslo así, á la vista de aquel precioso Niño, y sus ojos se convirtieron de nuevo en dos fuentes: sin embargo, sobreponiéndose á su dolor quiso ofrecer á su vez el tesoro que más estimaba en aquel momento, su ramo de violetas, casi marchitas con sus ardientes besos.

La compasiva María, informada del motivo de su pena, comprendió mejor que nadie su dolor, y comenzó á desempeñar su noble misión de intercesora y consuelo de afligidos, dirigiendo á su querido Hijo una súplica muda, salida del fondo de su alma.

¡Oh mi bondadoso y querido Niño! Tú que lo puedes todo, dígnate dar consuelo á esta madre afligida; ¡que no vea yo lágrimas en esta noche tan feliz! ¡que no escuche otro eco que el de tus alabanzas!

El Divino Niño sonrió dulcemente; ¿podía no escuchar la primera súplica de María? Un momento después un grito de gozo y sorpresa se escapó de todos los labios: Ismael acababa de entrar en la gruta. Rebeca, fuera de sí, se lanzó á su encuentro, lo estrechó apasionadamente contra su pecho, y parecía querer ocultarlo en el fondo de su corazón; lo cubrió de besos y lágrimas; lo abrumó á preguntas, y orgullosa y feliz como una reina, fué á presentar su querido hijo á la santa Virgen.

María acarició bondadosa su rubia cabellera, y el niño contó sencillamente cómo se había extraviado: cansado de andar y desandar, de llamar á grandes gritos, innumerables veces, á su querida madre, de llorar mucho, mucho, como nunca, se había al fin quedado dormido entre unas matas, cerca de ese lugar; pero un momento antes lo había despertado una luz muy hermosa y el canto de muchos niños, y siguiéndolos había llegado allí.

Los pastores entonaron nuevos himnos de alabanza al Dios Salvador, y se retiraron á esparcir por todas las cercanías tan feliz noticia, mientras que María recogía en silencio los más pequeños incidentes de tan interesante escena, guardándolos en el fondo de su corazón.

Así terminó esta noche memorable, bella aurora del dia de salvación, de salud y de paz.

En ella comenzó á esparcir sus rayos ese brillante sol, cuyos resplandores y benéfica influencia llenan hoy al Universo; ese bendito sol que jamás tendrá ocaso, que hará eternamente las delicias de los que quieran recrearse con su hermosa claridad.

México.

LA CRUZ.

Hay una santa enseña
De breve nombre,
Por la que en el Calvario
Dios se unió al Hombre;
Y santos lazos
Nos brinda, siempre abiertos,
Sus anchos brazos.

Por ella en fieras lides
Triunfó el guerrero;
Por ella hizo conquistas
El misionero;
Y á sus errores,
Remedio en ella encuentran
Los pecadores.

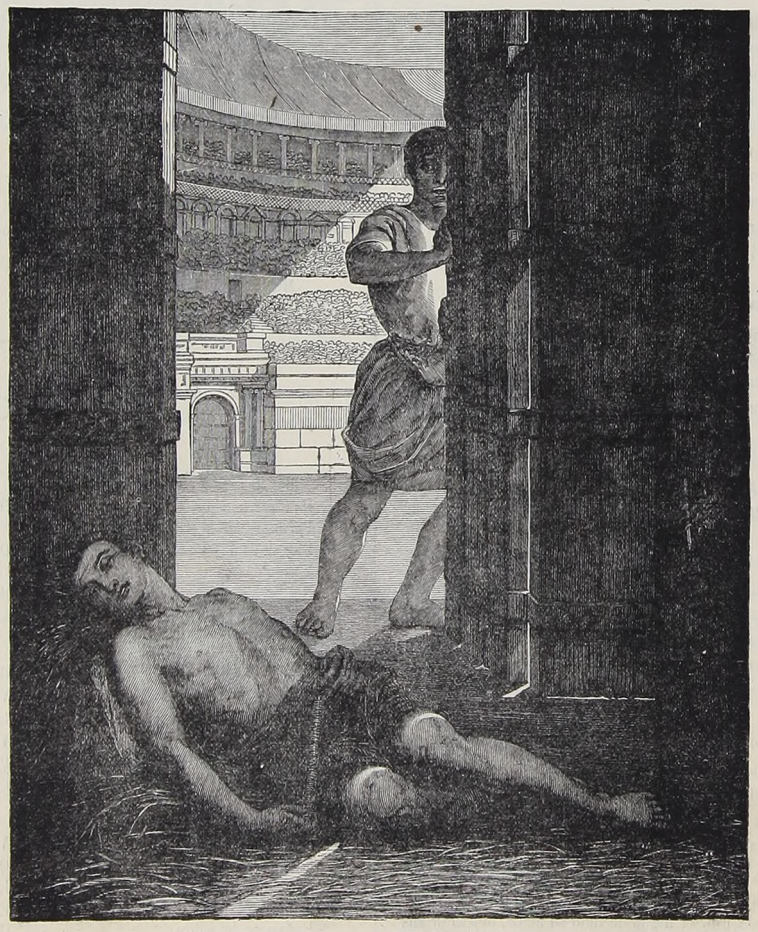
Resplandece en el templo
Cual viva estrella;
Completa el atavío
De la doncella;
Y humilde, oscura,
Enriquece del pobre
La sepultura.

Ella guía los pasos
De la inocencia;
Ella vence extravíos
De la conciencia. . .
¡La que más grita,
Besa al fin del camino
La cruz bendita!

Si desdichada madre
Con honda pena
Ve la cuna vacía,
La fosa llena,
Y á su profundo
Padecer ya no ofrece
Consuelo el mundo,

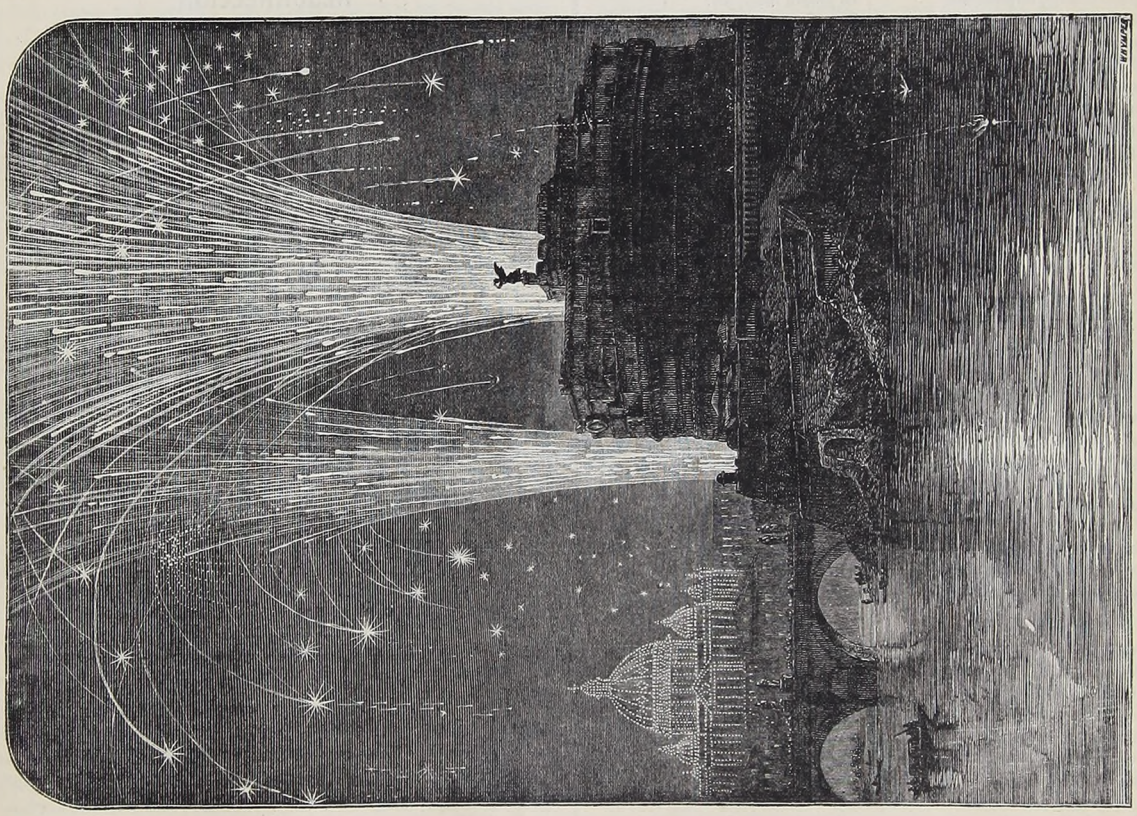
Clava en la cruz sus ojos,
Y la elocuencia
Que le presta sin duda
La Providencia,
Es santo celo
Que le dice: «No llores;
Está en el cielo.»

El Rey Josías leyendo á su pueblo la ley divina



Los mártires del Cristianismo

Milagro de la Resurrección



Fiestas de Pascua en Roma

Si abandonado niño
Huérfano llora,
La cruz, por él velando
Hora tras hora,
En un asilo
Le ofrece amparo, lecho
Y amor tranquilo.

Al criminal que muere
Por la demencia
De un momento, le busca,
Y á su conciencia
Murmura «¡Calma:
Donde acaba la vida
Comienza el alma!»

Cuando en frente pelean
Hombres hermanos
Y sangre fratricida
Tiñe sus manos,
La cruz campea
En medio del desorden
De la pelea;

Y con acento santo
Dice á esos hombres
Que ciegos atropellan
Hermosos nombres:
«¡Basta de duelo;
Yo caridad me llamo;
Bajo del cielo!

«Vengo á remediar algo
Vuestros errores,
A mitigar los males,
Curar dolores,
Ya que hacer vano
No consiga ese azote
De vuestra mano.»

¡Ay! bendita la enseña
Que en este suelo
Presta á los afligidos
Calma, consuelo....
Y santos lazos
Nos brinda, siempre abiertos
Sus anchos brazos.

Madrid. JOAQUINA BALMASEDA DE GONZALEZ.

REDENCION.

Un hombre daba su vida
En la cumbre del Calvario;
A mirarle, sanguinario,
Corría un pueblo deicida.
De aquella sangre vertida
Por el mortal despiadado,
Brotó un manantial sagrado,
Y el mártir, en su heroísmo,
Selló con ella el abismo
Abierto por el pecado.

De misterio tan profundo,
Para el hombre, sorprendente,
Surgió clara y esplendente
La nueva aurora del mundo.
Del Evangelio fecundo,
Cuya belleza fascina,
Cundió la hermosa doctrina,
Y de un polo al otro polo,
Rigió para el hombre, sólo
Una ley, grande y divina.

Ley que abandona el que yerra
No más, que ella el bien concilia,
Y hace una sola familia
De los hombres en la tierra.
Código santo que encierra
Los preceptos soberanos
De aquel Dios, que por tiranos
Ultrajado, en su agonía,
«Amaos todos, decía,
Como si fuerais hermanos.»

Sonó de pronto en el Cielo
La palabra *Redención:*
El hombre clamó: *Perdón,*
Su frente inclinando al suelo,
Y al alzarla, vió en su duelo,
Respondiendo á su humildad,
Fruto de inmensa piedad
En los brazos de una *Cruz,*
Con cifras de eterna luz
Escrito *Amor, Caridad.*

Ferrol. EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

LA MUERTE DEL REDENTOR.

Et inclinato capite
tradidit spiritum.

Llanto acerbo derramaba
La estrella de Galilea
Por el mártir de Judea
Que en el Gólgota espiraba.
—¡Hijo del alma!—gritaba
Sumida en cruel dolor:
Y trémula de estupor,
Ante el leño sacrosanto,
Besaba, anegada en llanto,
Los pies del Dios Redentor.

Mientras de hinojos María
Demostraba su tormento,
Flotando á merced del viento
El manto que la cubría;
Cuando lágrimas vertía,
De la más acerba pena,
Notó que, de angustia llena,
Con el discípulo amado
Y Cleofás, junto á su lado
Lloraba la Magdalena.

Nada en tal trance dijeron,
Pero ante la cruz, de hinojos,
Demostraron en sus ojos
Lo que sus almas sintieron.
Y cuando, al mirarse, unieron
Sus gemidos de dolor,
Repararon que el Señor
A la vez les observaba
Y que darles procuraba
Con sus miradas, valor.

—¡Deja, deja, Hijo querido,
Que también cual tú sucumba,
Y me entierren en la tumba
Que Judea te ha escogido!...
¡Piensa que nunca al olvido
Mi dolor te podrá dar!...—
Pero viendo, con pesar,
Que en convulsión se mecía,
Los brazos tendió María
Para su cuerpo estrechar.

Mas Él, la frente inclinando,
Su cuerpo en el leño fijo,
—Mujer, hé ahí á tu hijo,—
Dijole, á San Juan mirando:
Y al apóstol, que llorando
Suspiraba con afán,
—Hé ahí á tu madre, Juan:—
Y así que juntos les vió,
La mirada dirigió
Donde los mártires van.

Vedles, vedles con qué anhelo
Miran de aquel sér querido
Su cuerpo... casi caído,
Su vista fija en el cielo.
—¿Quién calmará mi desvelo
Y ahogará mi padecer?—
Repite María al ver
Cómo triste se estremece
El Hombre-Dios, que perece
Por su omnímodo poder.

Y en tanto que, en la agonía,
—*Tengo sed*—Él murmuraba,
Y aquella hiel apuraba
Que la chusma le ofrecía,
El orbe se ennegrecía
Con un lóbrego capuz;
Y al trasponerse la luz
Del sol, en el horizonte,
Sobre la cima del monte
¡Espiró Cristo en la cruz!

Entonces los elementos
Con furia se desataron,
Montes y torres temblaron
Y se hundieron pavimentos;
Pudiéronse mil lamentos
Por todo el Gólgota oir,
Viéronse muertos salir
De sus fétidos rincones,
Y á los crueles sayones
Amedrentados huir.

. . . . . .

Llora, virgen santa, llora
Por aquel Hijo adorado,
Llorad, apóstol amado,
Magdalena pecadora,
Y Cleofás... Cuando la aurora
Brille de su redención,
Vereis con grata emoción,
Sin pesar y con consuelo,
Cómo de la tierra al cielo
Sube en rápida ascensión.

Mas la madre desolada,
Con el corazón herido,
Sólo en su Hijo querido
Tiene fija la mirada.
Para ella no existe nada
Que calme su sufrimiento;
Y víctima del tormento
Que el corazón encadena,
Quejidos lanza de pena
Que lleva consigo el viento.

Vedla, pues, cómo llorando
Mitiga su dolor fiero;
Vedla abrazada al madero
Congojosa y suspirando;
Recordad que siempre amando
Vivió al Hijo que engendró;
Y pues Él nos redimió
Dándola dolor profundo,
Llore con la madre el mundo
¡Y ensalce al Dios que murió!

España. ENRIQUE FRANCO.

RESURRECCIÓN.

Abrió la rosa su botón de grana
Y derramó su aroma en la pradera;
La parda nube se alejó ligera
Y desplegó su manto la mañana.

Su nido abandonó feliz y ufana
La tórtola, cruzando por la esfera;
Alzó el penacho erguido la palmera
Y en vivas prorrumpió la raza humana.

Un cántico de amor llenó el espacio,
De armonías de paz pobló las nubes,
Y al alma le prestó dulce consuelo.

Y es que en fulgente carro de topacio,
El Hijo del Señor, entre querubes,
Dejó la tierra y remontóse al cielo.

Habana. JOSÉ E. TRIAY.

ANTE UN CUADRO DE LA MAGDALENA.

Uncido al torpe yugo del pecado
Tu cuerpo se dobló lánguidamente,
En largas ondas baja destrenzado
Lacio el cabello al pecho penitente.

En la atrición del rostro descarnado
Y en las amargas sombras de tu frente,
Pincel sublime retrató inspirado
El acerbo dolor que tu alma siente.

No sonríen tus labios antes rojos,
Y apenas brillan ¡ay! sin esperanza
Arrasados en lágrimas tus ojos....

¡Levántalos á Dios, que en su balanza,
Por mucho que la inclinen los enojos,
Pesa más la piedad que la venganza!

España. VENTURA RUIZ DE AGUILERA.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

Continuación.

—Nada de cuanto me dices me explica la resolución que has formado de no asistir á ese té familiar.

—Llámale té científico y hablarás de una manera más gráfica.

—Sea lo que tú quieras, mas ese retraimiento es efecto de alguna causa grave que tú me reservas, y siento que hagas ésto, manifestándome no me crees digno de tu confianza.

—Pues bien, seré sincero. Yo he galanteado á Victorina en distintas épocas, me ha rechazado constantemente, y mi amor propio humillado padece siempre que su mirada se encuentra con la mia.

—¿No has dicho que muchos le han declarado su pasión y á todos les ha dado el mismo pago?

—Es verdad.

—En ese caso debería vivir aislada.

—Hay muchos que han tenido la calma de solicitar su amistad después de haberles negado su amor; mas yo no puedo imitar esos tipos.

—Siento mucho que tu extraña manera de ver las cosas nos prive de tu grata compañía.

—En verdad, soy muy original.

—¿Y qué diré á Victorina cuando pregunte por tí?

—La dices que amo con frenesí y que soy correspondido con delirio por una dama de la alta aristocracia

—Observo que en tus afectos toma más parte la vanidad que el corazón.

—Qué quieres, yo no soy muy accesible al sentimiento. Sólo vibra en mi corazón una cuerda: la del amor propio.

—Qué desdichado vas á ser.

—¿Por qué?

—Porque tendrás el corazón vacío toda tu vida.

—Bien, llenaré la cabeza.

—Pero la vida es el corazón; ¿qué importa lo demás si éste no está satisfecho, si permanece helado y yerto?

—Lo galvanizaremos.

—La vida que presta el galvanismo á un cadáver es una vida artificial, más triste que la muerte misma.

—Basta de filosofía: goza cuanto gustes en casa del señor de Morey, y déjame distraerme en el nuevo teatrito. Talía me agrada más que la filosofía.

—Eres muy dueño de hacer tu voluntad.

—¿No te ofenderás?

—¡Qué disparate!

—No tienes motivo.

—Entonces, ¿á qué dudar?

—Creo encontrarte un poco serio y no quiero tu enojo.

—Me ha formalizado tu raro razonamiento; por lo demás, yo siempre acato y reverencio la libertad de acción.

—Sí, sí; ante todo el libre albedrío. Te dejo para ir á comer al Suizo, donde me esperan algunos condiscípulos. Ya me contarás lo que habeis hecho esta noche en la susodicha tertulia, y cuando tomes el té, come por parte mia un *macarrón* más.

—Me alegra verte de buen humor.

—¡Oh! yo sólo me rindo ante la musa de la alegría.

—A tí te gusta el género jocoso, á mí el patético. Después de todo, nos entenderemos siempre por la ley de los contrastes. Es preciso confesar que somos el polo ártico y el antártico.

—Sí, los extremos se tocan.

—Adiós, saluda en mi nombre á nuestros amigos.

El vizconde se alejó y Mario leyó un rato, pidió la comida, escribió después de ésta y á las *nueve* salió de su casa en dirección á la calle de Atocha.

A las nueve y veinte minutos llegó. Casi todos los contertulios se hallaban ya en el saloncito de las Musas, como generalmente se le llamaba.

Todos recibieron al poeta-pintor afectuosamente.

—¿Qué hacía usted, señorita, cuando yo entré?—preguntó Mario á Victorina.

—¿Por qué dice usted ésto?

—Porque sentiría haberla interrumpido y no me lo perdonaría jamás.

—Todos estábamos silenciosos y desanimados, porque faltaba el Apolo de nuestro Parnaso, y nuestro Apolo es usted, Alcaraz.

—¡Ah, señorita! Donde hay una Minerva no se siente la ausencia de Apolo.

—Es usted muy galante, caballero; yo no tengo nada de Minerva.

—Tiene usted mucho de las sibilas famosas.

—Y mucho de Venus,—añadió el escultor.

—Señores, ustedes me confunden y me hacen enmudecer.

—Es una delicia,—objetó el señor de Morey,—vivir entre la finura que todo lo ensalza, y el genio que engrandece hasta lo más insignificante.

—Su hija de usted,—continuó el escultor,—es una joya de incalculable valor; puede usted estar orgulloso al poseerla.

—En mi hija no hay otra belleza que la del alma; todo lo que se le conceda fuera de ésta, será injusto.

—Pero papá, cortemos este debate; de lo contrario vas á concluir por hacer de mi alma una brillante *etopeya*.

—No me ciega el cariño de padre; tu mérito reside en tu alma.

—Señores: ¿quieren ustedes que empecemos nuestra velada artística?

—Lo anhelamos—dijo el conde Champ-Fleury, que siempre le gustaba hablar en nombre de todos.

—Alcaraz, ¿quiere usted recitar alguna nueva composición?

—Victorina, yo espero que sea la parte musical ante todo; después, nuestro joven escultor, que posee el italiano, tendrá la bondad de leer algo del Dante, pues así me lo prometió.

—Entonces yo haré la apertura de la sesión con un nocturno alemán que me regaló el vizconde.

—¿Cómo no ha venido con usted, Alcaraz?—preguntó Morey.

—Papá, discúlpale; según dice este caballero, ha tenido que asistir á una representación de aficionados.

Victorina hizo girar el taburete para alzarlo un poco, y pronto se escuchó un caprichoso enlace de escalas cromáticas.

Empezó el nocturno de una manera débil y fué creciendo en fuerza y rapidez hasta hacer sentir á los espectadores las más diversas emociones.

Luego tocó un precioso capricho, compuesto por ella, al cual puso el título de *Cascada de rubíes*.

El retórico recitó un idilio bastante bello, que fué muy elogiado; y Mario improvisó unos magníficos versos dedicados á Victorina, que ésta acogió con gratitud, su padre con entusiasmo y los contertulios con admiración.

—Ahora toca á usted cumplir su promesa, señor artista—dijo el amo de la casa al escultor.—¿Qué obra quiere usted leer de los poetas italianos?

—La que usted indique; todos los poetas italianos me encantan.

—Si á usted no le molesta, puede pasar á mi biblioteca y elegir la que más le agrade.

—Tendré gran placer en ello.

Tomó una bujía de los candelabros del salón y fué á la vanguardia para indicarle el camino al escultor.

Una elegante librería llenaba el estudio, y los estantes de ésta contenían multitud de obras primorosamente encuadernadas.

El señor de Morey hablaba muchos idiomas, y como amante de las letras, poseía lo más notable de los autores más conocidos.

En la galería de literatura inglesa campeaban obras de Walter Scott, lord Byron, Dickens, Bulwer, Callins, Wilkie, Fox, Shakespeare y Sheridan: en la galería alemana, Goethe, Kant, Ruckert, Schiller, Klopstok: en la francesa, Eugenio Pelletan, Balzac, Delille, Víctor Hugo, Villemain, Boileau, Janin y Landeau; y en la italiana, Virgilio, Metastasio, Dante, Horacio, Manzoni, Monti, Nicolini, Sardello, Pellico y Maffei.

Mientras el escultor examinaba la biblioteca del señor de Morey, todos hablaban en general en el saloncito de las Musas, á excepción de Mario y Victorina, que sentados al lado del piano sostenían un diálogo privado.

El señor de Morey entró con el escultor; éste traía la *Divina Comedia* del Dante.

Leyó con acento puramente italiano unas doce hojas; no continuando por no molestar la atención.

—Mario, recite usted la poesía que me ha prometido, titulada *El lamento del cautivo*.

—Temo afligir á usted, Victorina; es muy melancólica y desgarradora.

El conde de Champ-Fleury miró al escultor intencionalmente, envolviendo en esta mirada un reproche á Victorina y al poeta por los progresos que notaban en una amistad tan naciente.

Mario recitó su composición: patética, cual una elegía; dulce, cual una égloga; triste, cual un adiós.

Victorina pugnaba por ocultar su emoción; Mario la miraba con gran éxtasis y parecía inspirarse en su radiante fisonomía.

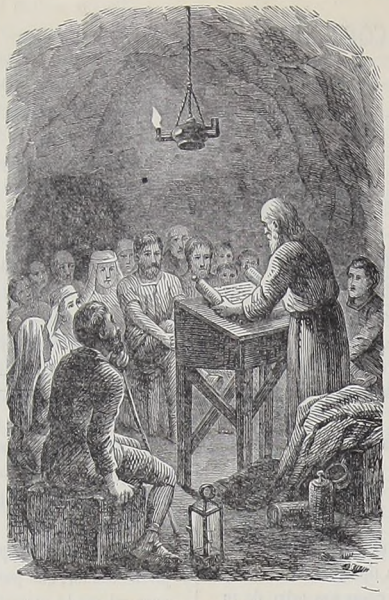
El conde de Champ-Fleury estaba furioso, iracundo, desesperado, apenas podía dominar la envidia que el triunfo del poeta-pintor le causaba.

Sirvieron el té, Victorina estuvo atenta con todos, pero inconscientemente manifestaba predilección al Apolo de su Parnaso.

La conversación languidecía; Victorina lo observó, y para que no declinara les puso con estudiada naturalidad el siguiente tema: ¿Cuál de las bellas artes agrada á ustedes más y prefieren por superior á las otras en poesía é idealidad?

—Yo creo que la poesía es la menos material, porque pinta lo aéreo, lo vago, lo intangible y lo metafísico, las artes plásticas sólo pueden expresar lo que tiene dimensiones geométricas, lo tangible.

—No toleraré como escultor, señor poeta, que despoje usted á mi arte de la poesía que realmente tiene. Las artes figurativas pueden copiar algo más que lo corpóreo y lo simbólico, pueden expresar el espiritual alegóricamente.



Catacumbas de Roma

—Mas la poesía, señor artista, dice de lo infinito, de Dios, de lo sobrenatural, del espíritu y del sentimiento de una manera perceptible á la inteligencia, sin que tome parte la mirada.

—La poesía, objetó el retórico, traduce, interpreta todo lo que es, todo lo que palpita; es el arte que consigue, de una manera más completa, comprender el ideal y expresarlo sin ayuda de lienzos, piedras y colores. La poesía, escribe Hegel: «Revela á la conciencia las fuerzas de la vida espiritual, y en general, «las pasiones que se agitan en el fondo del alma y los afectos del corazón ó «los pensamientos que se suceden de una manera más tranquila en la inteli«gencia; en una palabra, revela la poesía el dominio entero de las ideas, ac«ciones y destinos humanos, el curso de las cosas de este mundo y el germen «divino del universo.»

Créame usted, señor artista, la poesía es una verdadera creación de todas las formas de lo bello y la más independiente de estas formas. La poesía es un arte universal, porque no hay asunto que no pueda tratar. La poesía es una creación estética que especifica la belleza absoluta.

—Dígame usted, señor retórico, ¿y la música, es inmaterial?

—Diré á usted: El sonido, aunque invisible, es material, es un fenómeno cuyas leyes son puramente físicas y están dadas revelándose constantemente en la naturaleza. La poesía crea sus leyes obedeciendo á las del espíritu; la música está sujeta á las de la armonía, tan necesarias y fatales como todas las leyes físicas.

La poesía crea, la música compone. Yo no encuentro la música inmaterial.

—Yo sí la encuentro—repuso el poeta:—los sonidos que Victorina arranca al piano, tocan al sentimiento de una manera vaga é indeterminada. La música de Victorina la he sentido llegar á mi alma sin pasar por el órgano auditivo.

—Lo que acaba usted de decir, señor poeta, es una bella metáfora; mas carece de exactitud.

—En mi opinión, es tan creadora, tan ideal, tan poética la música, como la poesía. Hay tanta música en la poesía, como poesía en la música. Las artes particulares no conciben sino una forma dada, permanente, muerta, como la estatua y el cuadro; necesitan de la colaboración del espectador para que se reproduzcan los efectos de la belleza pictórica, en tanto que la poesía no necesita para influir estéticamente más que el espíritu humano sin otra educación que la actividad de sus facultades propias.

Por más que á usted le hiera, señor artista, las artes particulares se dirigen solamente á los sentidos exteriores; la pintura habla más al sentimiento, la escultura habla completamente á la sensualidad.

—Señores—dijo el conde de Champ-Fleury—cerremos la discusión. Todas las nobles artes están á la misma altura, porque todas son bellas y la belleza agrada al corazón y á la inteligencia.

—¿Y por qué cerrar la discusión?—dijo el señor de Morey dirigiéndose al conde.—Nada ilustra tanto como la discusión sostenida por esclarecidos talentos.

—Yo opino—replicó éste—que lo más grato será escuchar á Victorina.

Victorina, siempre complaciente, tocó un precioso *reverie* titulado *Nuit d'Orient*, y un delicado nocturno que tiene por nombre *Les hirondeles au retour*.

La velada musical terminó con un animado vals de salón. *(Continuará.)*

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

El Salvador del mundo triunfando del demonio.—En esta semana se conmemora la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, que vino á redimir á la humanidad y á dignificarla. La gran figura del Hombre-Dios es respetada hasta por los incrédulos, que si niegan su divinidad no pueden menos de concederle las virtudes que brillaron en Él y que jamás ha poseido hombre alguno. En estos días de verdadero recogimiento para el espíritu, debemos meditar los cristianos en el cruento Sacrificio del que se inmoló para legarnos una doctrina tan moral como civilizadora.

El rey Josías leyendo á su pueblo la ley divina.—En el año 608 antes de la Era cristiana, este rey de Judea, que fué reorganizador de su pueblo, reedificó el Templo de Jerusalem, y mientras se ocupaba en tan importante obra, encontróse un ejemplar del Código de Moisés, que se había librado de la destrucción decretada por Manasés. Al leerlo el piadoso rey lloró las enormes violaciones de los preceptos del Señor, y proponiéndose hacer que en adelante se cumpliesen estrictamente, él mismo lo leyó á su pueblo, y leyéndolo es como presentamos al rey Josías en nuestro grabado.

Los mártires del Cristianismo.—Más de doscientos mil fueron los sublimes creyentes sacrificados en aras de su fe. Ninguna religión cuenta con tan respetable número, lo cual proclama muy alto las excelencias de ella. Todos los tormentos más espantosos fueron inventados para hacer vacilar á los que, firmes en sus creencias, se ratificaron en ellas, en medio de los más atroces suplicios.

Milagro de la Resurrección.—A María Magdalena reservó Jesucristo la gracia del anuncio de su Resurrección. La hermosa arrepentida no dudó un momento de que así sucediera, y propagó por todas partes la feliz nueva. Magdalena fué la primera que vió vacío el santo sepulcro, y al verlo dijo sin vacilar: «Jesucristo ha resucitado.»

Fiestas de Pascua en Roma.—Con gran esplendor se celebran en Roma todas las fiestas religiosas, sobre todo la Semana Santa, en la cual el Sumo Pontífice despliega toda la pompa y magestad de que está ornada nuestra religión. Después de estos días consagrados á la oración, el pueblo demuestra su regocijo con alegres manifestaciones en la conmemoración de la Pascua. Entre las fiestas de este día se cuentan hermosos fuegos artificiales disparados desde el castillo de San Angelo. Véase nuestro grabado de la página 109.

Las Catacumbas de Roma.—Hállanse las catacumbas ó sepulturas de los mártires cristianos á tres leguas de Roma. Todavía se ven las tumbas de San Esteban, San Sebastián, Santa Lucina, San Máximo y Santa Cecilia. Muchas de las lápidas que se encontraron en las catacumbas han sido trasportadas al Museo del Vaticano. En estas catacumbas permanecieron por algún tiempo los cadáveres de San Pedro y San Pablo. Sólo se visitan las catacumbas abiertas que han sido ya despojadas. Encima se ha construido la iglesia de San Sebastián, donde se conserva el verdadero cuerpo del santo.

OBRAS EN VENTA DE CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

MADRES DE HOMBRES CELEBRES.—Tercera edición. Un elegante volumen con 8 láminas.....$ 1 50

SUPLICIO DE UNA COQUETA.—Un volumen lujosamente impreso de más de 300 páginas.....$ 1 00

Se venden en la Administración de este periódico. A los agentes, desde diez ejemplares, se hace el descuento de 25 por 100.

Registrado como artículo de segunda clase.